



MOONAGE DAYDREAM

RICARDO ALDARONDO

David Bowie expresó en más de una ocasión el estupor que le causaba el calificativo de *camaleón* que se le aplicó hasta la saciedad y el hartazgo. Como él decía, el 'camaleón' adapta su aspecto al entorno que encuentra en cada momento, para pasar desapercibido, y Bowie hacía exactamente lo contrario, llegaba cada vez con una nueva estética, y bien fundamentada, para transformar todo lo que le rodeaba. ¿Cambiante y explorador de nuevos mundos sin descanso? Eso sí. Por eso en la aproximación a Bowie resulta más adecuada la idea de viaje, *station to station*, por ese cosmos que con tanta frecuencia inspiró sus canciones, como propone *Moonage Daydream*, un documental que no se pliega a las convenciones del recorrido biográfico con entrevistas y documentos, y que sin embargo cumple como pocos la intención del género: entrar de lleno en la esencia y en las consecuencias universales de un gran artista total.

Inspirado por la odisea espacial del Major Tom y el carácter alienígena de Ziggy Stardust como estrella del rock, el director Brett Morgen hace volar la imaginación y los sentimientos de un espectador que se ve envuelto, zarandeado e inspirado por el pensamiento de David Bowie, y no solo por su obra. Son las frases extraídas de declaraciones y la expresión personal de sus indagaciones, dudas y reflexiones lo que conduce la nave. Un Bowie en permanente reinicio de sus formas artísticas y su estética, de valiente entrega a los cambios bruscos de dirección siempre para dar

Viaje interestelar a través de Bowie



con un rumbo inédito y un destino deslumbrante.

Una obra tan difícil de abarcar, con tantas disciplinas y estilos mezclados, queda perfectamente definida, pero de forma abierta, con ese dejarse llevar. A lo largo de 135 minutos de metraje que te dejan con ganas de más, porque Bowie es inagotable y el viaje resulta apasionante, y a partir de la adecuada "Hallo Spaceboy", el director Brett Morgen disemina canciones (muchísimas, las conocidas, las significativas y también otras menos previsibles), pensamientos de Bowie expresados en entrevistas o escritos, imágenes de conciertos, videoclips y películas, y algunas declaraciones aje-

nas con un montaje fluido en un *continuum* de colores psicodélicos, borbotones creativos y las preguntas que se hacía Bowie, las más esenciales: por qué estamos aquí, la relación con el cosmos, el impulso artístico como latido vital. Y todo presentado de una manera imaginativa, sin recurrir exactamente al orden cronológico o al recorrido disco por



disco, pero anclando con claridad las diferentes fases y los muchos aspectos de la vida y obra de David Bowie, con un lenguaje cómplice con el experto o el fan de toda la vida, pero también atractivo y con capacidad de gancho para nuevas generaciones o quienes se aproximan de forma casual.

"David vino a mí cuando tenía 11 o 12 años y me dijo que estaba bien ser como soy", declaraba Brett Morgen en el Festival de Cannes, donde tuvo lugar el estreno mundial del film que ahora clausura Perlak en San Sebastián. Aunque esa evocación fuera metafórica, tuvo un efecto muy real en la vida de tantos adolescentes y jóvenes desde los años 60. Y el efecto permanece. Bowie revolucionó la música, la estética del rock y todo el cosmos musical desde el *underground* a la fama, de la experimentación al puro pop, pero también demostró que las identidades pueden ser muchas, y todas válidas, y que cada uno debe luchar por la suya. Si quiere, y como quiera. *Moonage Daydream* es un viaje, una alucinación, un sueño, una aparición divina.

GERARD CASAU

Cuando una canción impacta en una película en el momento preciso, el efecto es siempre revelador: una elevación casi esotérica del relato que amplifica el eco de las imágenes y las coloca en un plano dramático distinto. Si el tema musical elegido pertenece al catálogo de David Bowie, dicha sensación de gravedad cero resulta casi inevitable debido al aura alienígena que el artista cultivó en la década de los setenta, ya fuera a través de su alter ego Ziggy Stardust o encarnando al personaje central de *El hombre que cayó a la Tierra* de Nicolas Roeg.

El autor de *Life on Mars?* probaría otros heterónimos y estéticas, pero sería esa cualidad espacial la que lo definiría en el imaginario popular hasta su muerte en 2016: cantase sobre lo que cantase, siempre parecía estar abriendo una puerta más allá de la realidad. Por eso, la cuenta atrás de *Space Oddity* prepara los despegues epifánicos de Marc-André Grondin y Ben Stiller en, respectivamente, *C.R.A.Z.Y.* y *La vida secreta de Walter Mitty*, así como la metamorfosis en pájaro de Anaïs Demoustier en *Bird People*. Por eso, el trío de amigos de *Las ventajas de ser un marginado* se siente infinito cuando escuchan "Heroes", a pesar de no lograr identificar

Algunos destellos musicales de David Bowie en la pantalla



Denis Lavant moviéndose al ritmo de "Modern Love"...



...Greta Gerwig en *Frances Ha*, también al ritmo de Bowie.

de qué canción se trata. Por eso, también, David Lynch halló en "I'm Deraanged" la introducción y la coda sin fin de la fuga psicogénica de *Carretera perdida*.

Paradójicamente, el debut de la música de David Bowie en una ficción cinematográfica no pudo estar más alejado de la épica. Se trata de la apertura del film de 1980 *Radio On*: una casa desordenada, un cadáver en la bañera y "Heroes". La aversión a lo espectacular de la que hace gala la ópera prima de Chris Petit va li-

gada al hecho de que es, junto a *La Maman et la putain* y *Después del amor*, una de las primeras películas que comprendió desde la puesta en escena la magnitud íntima de la pulsión melódica y su capacidad para formar nexos invisibles entre criaturas distanciadas.

Si *Radio On* marcó la primera ocasión en que el cine escuchó a Bowie, un año después *Yo, Cristina* convertía al músico en lo que Michel Chion definió como *acusmacer*: una entidad filmica solo audible que comenta des-

de la banda sonora el descarrilamiento del personaje titular, hasta su aparición (anti)climática en un concierto, donde los insistentes y coreables "it's too late" de *Station to Station* escenifican el punto de no retorno alcanzado por la joven protagonista.

La omnipresencia del firmante de *Low* en el film de Uli Edel no se debe tanto a una intencionalidad autoral como a la exigencia del guion de ser fiel a las filias de la crónica autobiográfica que inspira el film. En cambio, Leos Carax sí quiso que la

voz de Bowie se convirtiera en un signo temprano de su imaginario, casi tan relevante como el cuerpo y la gestualidad de Denis Lavant. Si en *Chico conoce chica* es la primera "When I Live my Dream" la que acompaña los melancólicos paseos nocturnos del protagonista, en *Los amantes del Pont-Neuf* "Time Will Crawl" se filtra a través de las paredes de una discoteca.

Entre estas dos obras se halla *Mala sangre*, donde Carax logra el maridaje música-imagen que, según Tarantino, hace que una canción pase a pertenecer para siempre a una película. En ella, las convulsiones y la inflamada carrera de Lavant al ritmo de "Modern Love" dotan al tema de la iconicidad visual ausente en su videoclip original. Resulta lógico, entonces, que cuando Noah Baumbach volvió a hacerlo sonar en *Frances Ha* mostrase a Greta Gerwig corriendo por las aceras de Nueva York, consciente de que "Modern Love" ya solo encuentra su sentido cuando está acompañada de la energía de un movimiento exultante.